
Capitulo CXV.

Donde se ven los últimos esfuerzos que hicieron los mejicanos para defender su independenciam, y los desastres que sufrieron.

Desde aquel momento se consagró Cortés por completo á activar los preparativos necesarios.

Mandó venir de todas las tribus amigas gran número de indios, con sus instrumentos de madera, que llamaban *huictles*, y que servian de pala y azada, para que les auxilién en el derribo de las casas y otras operaciones que se proponia emprender.

A los cuatro dias ya habian llegado estos refuerzos, y dispuso su gente para atacar en seguida á la imperial ciudad.

Resuelto á pensar en ella á todo trance, ordenó bajo severas penas que á proporcion que se fuesen

posesionando de las calles se derrocarse sus casas, dirigiendo todos los esfuerzos á cegar con escombros los canales, hasta convertir en tierra firme lo que era entonces agua.

Corrian los últimos dias del mes de Julio cuando publicó Cortés esta orden terrible, que condenaba á la destruccion más completa á la hermosísima y suntuosa ciudad de los emperadores aztecas, célebre monumento de su civilizacion y grandeza, próxima á desaparecer sin dejar á la posteridad ni un vestigio que las acreditasen.

Dióse, en efecto, el ataque segun el nuevo plan de ir ganando palmo á palmo el terreno y asolando la ciudad al paso, para no dejar á su espalda más que ruinas que sirven á la retaguardia para cegar los canales.

De este modo se ganaron aquel dia algunas calles, no bastando á impedirlo la desesperada resistencia que opusieron los mejicanos.

Cortés, para hacer mayor destrozo, los formó una emboscada.

Mandó á Gonzalo de Sandoval que viniese con treinta caballos á reunirse con los veinticinco que él tenia.

Envió los bergantines delante y toda la gente, y él se metió con treinta caballos en una de las casas.

Pelearon en muchas partes con los de la ciudad, y se retiraron.

Los enemigos, sin sospechar que era premeditada aquella retirada, corrieron á perseguirlos, y cuan-

do estuvieron próximos á la emboscada, mandó Cortés disparar un arcabuz, que era la señal convenida, y saliendo todos precipitadamente, causaron tal estrago en los enemigos, que perecieron más de quinientos y quedaron prisioneros muchos.

Los españoles penetraron en los templos, y en uno de ellos, al abrir una sepultura, hallaron varios objetos de oro, cuyo valor ascendian á mil quinientos castellanos.

No se intimidaban, sin embargo, los mejicanos por la mortandad que sufrían.

La lucha continuaba; la carnicería crecía.

Arroyos de sangre inundaban las calles.

De pronto oyeron los españoles un ruido extraño, cuyo eco repetían las montañas.

Los mejicanos, poseídos de frenético furor, se lanzaron á ellos con embriaguez de sangre, y como si en cada uno de aquellos lúgubres y misteriosos sonidos entendiesen la voz del Omnipotente ordenando el desprecio de la vida y dictando por soberano decreto la satisfacción de la venganza.

Aquellos graves y solemnes sonidos eran los ecos poderosos del caracol sagrado, custodiado en el gran templo de Huitzilopochtli por más de trescientos sacerdotes, destinados exclusivamente á la guarda y al cuidado de tan venerado objeto.

Sólo el hueiteopixque, ó sumo sacerdote, gozaba el privilegio de hacer resonar aquel instrumento santo, y sólo se verifica aquello en las ocasiones de inminente peligro para la patria.

Pero el valor que infundió en todos el sonido del caracol sagrado, sólo sirvió para que perecieran en mayor número.

Cebábanse en el pillaje y en la destrucción las huestes tlascaltecas, y al verlas correr furiosas con el hacha en la mano, arrasando los más hermosos edificios con alaridos de feroz complacencia, decíanles con amarga sonrisa los infelices mejicanos:

—Mal haceis en echar por tierra nuestras casas. Si salimos vencedores, vosotros habeis de edificarlas; si triunfais, también sereis vosotros los que las levanteis para los españoles.

Los tlascaltecas hacían burla de aquel exacto raciocinio, y continuaban con ahínco su obra destructora.

Doloroso es imaginar aquella régia capital condenada á ser arrasada por un puñado de invasores, que tenían por auxiliares á pueblos americanos.

En el día que siguió á aquel en que ocurrieron los sucesos que acabamos de referir, observaron algunos oficiales que de las torres del teocali salían espesas columnas de humo, que no podían ser vapores del incienso que los sacerdotes quemaban ordinariamente.

Llamada la atención del caudillo hácia esta novedad, hizo que subiesen á una pequeña altura varios de sus soldados, procurando descubrir el origen de ella, y tan grande fué su sorpresa como su júbilo al saber que en medio de las llamas del incendio que consumía ya una parte de aquel notable edificio, on-

deaba con majestad, iluminada por rojizos reflejos, la bandera española.

En efecto; Alvarado, jugando el todo por el todo, acababa de penetrar en Méjico y de posesionarse del teocali. El momento no podia ser más favorable.

Cortés se aprovechó de él, y ordenó al punto la entrada de sus fuerzas en la ciudad.

A pesar de la consternacion que infundió á los mejicanos la vista del incendiado templo, resistieron como siempre con heroica decision.

Pero nada era bastante á contener el ímpetu de los ejércitos invasores.

Algunas horas despues la caballeria española ocupaba la gran plaza de Tlatelulco.

Las tropas auxiliares recorrian las calles, y con infatigable diligencia continuaban destruyendo los edificios.

¡Jamás se ha verificado tan completo saqueo!

¡Jamás se escribirá en la historia de las conquistas victoria tan sangrienta!

No contentas aún las feroces hordas, despues de asolar gran parte de la ciudad, corrieron al palacio, disputándose el honor de descargar el primer golpe de hacha en aquella mansion régia.

Guatimozin, despues de defender á palmos con inútil constancia el suelo de su capital, se habia retirado por último completamente derrotado, y teniendo por único refugio uno de los grandes arrabales, que rodeado por todas partes de agua, prestaba recursos á la resistencia.

Alli se retiraron la mayor parte de los que habian escapado de la matanza.

Cortés, no obstante la alegría natural de su triunfo, se sintió dolorosamente afectado por el espectáculo de tan ináudita carnicería, y ordenó suspenderla.

En una de las cartas que dirigió al emperador Carlos V, le decia:

«Acordé dejar de combatir algunos dias, porque me ponía en mucha lástima y dolor que pereciese aquella multitud, y quise otra vez ofrecerles la paz.»

Hizolo así efectivamente, y debia esperar ver aceptada la capitulacion que proponia, por duras que fuesen sus condiciones, pues era en sumo grado deplorable la situacion de los vencidos.

Encerrados en el recinto de aquel barrio situado en la laguna, escasísimos de víveres, reducidos á beber agua salobre, y sin tener ya ni aun las armas necesarias, ninguna esperanza lisonjera podian alimentar.

Su único medio de salvacion era un convenio con el enemigo, y el emperador debia aceptarle, por más que pudieran resistirse á ello sus fanáticos sacerdotes.

Aun no habia comprendido el caudillo el fuerte temple de aquella alma verdaderamente excepcional.

Aun no habia adivinado que el destino le concedia por víctima á uno de aquellos seres magnánimos, que eclipsados por el resplandor de una gloria enemiga, quedan muchas veces confundidos en las páginas históricas de sus inevitable desastres.

El emperador Guatimozin, desechando con indig-

nacion las reiteradas proposiciones de capitulacion que por entonces le dirigió el vencedor, tornó á organizar sus huestes y á provocar el combate.

En tanto que aquel infeliz príncipe hacia, con asombro del enemigo, aquellos últimos esfuerzos de resistencia, que bien pudieran compararse á las convulsiones de un moribundo, el hambre reinaba con todos sus horrores en el arrabal adonde se habian retirado los vencidos.

Veíanse de continuo vagar por las calles famélicas turbas de mujeres y niños, cuyos llantos y gemidos desgarraban el corazon.

Sus ayes lastimeros se confundian con los que exhalaban algunos heridos, que acercándose al ilustre conquistador, le decian en medio de la mayor desesperacion:

—¡Ah, capitán Cortés! Puesto que eres hijo del sol, y este astro dá vuelta al mundo con tanta brevedad, sé diligente como él y acábanos de matar. De este modo iremos á descansar y á reunirnos con el gran Quetzalcoal, que nos está esperando!

En presencia de tantas desventuras, se sentian conmovidos los españoles, y ni la aureola del triunfo bastaba á amortiguar la pena que pesaba sobre su alma.

Capítulo CXVI.

Una mirada retrospectiva.

Nuestros lectores, que conocen ya el carácter y el empuje de los mejicanos; que han tenido ocasion de apreciar la energía, el valor, la decision que en tan alto grado poseia Guatimozin; que saben los grandes elementos con que contaban para oponerse á una invasion, porque gracias á sus correos y á otros recursos que le proporcionaba el estado de civilizacion en que se hallaba, la ciudad imperial tenia exactas noticias respecto á la situacion en que se hallaban los extranjeros; habrán extrañado, primero, que desease la paz; segundo, que habiendo triunfado entre sus consejeros el partido de los que á toda costa querian decla-